

**SONIA MARTA MORA.** Costarricense. Licenciada en Filología española de la Universidad de Costa Rica, institución en la que fue docente y en la que cursa estudios de maestría. Profesora de la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional. Publicaciones en revistas de la especialidad. Ha coparticipado en las investigaciones, ya concluidas, La novela del agro (costarricense) y Algunas tendencias de la novela costarricense actual, trabajo éste que aborda la novelística nacional del 70 al 80 y que complementa el recorrido y abordando del primero.

**PARA UNA LECTURA  
DE EL PERIQUILLO SARNIENTO  
DE LIZARDI**

**SONIA MARTA MORA**

Pocas veces me ha estorbado más la prohibición de no preguntar nada.

Joaquín Gutiérrez. Te acordás Hermano.

### *Algunas consideraciones previas*

Cualquier estudioso de la literatura interesado en los orígenes de la novela hispanoamericana, habrá notado que las obras que se proponen analizar ese problema evaden total o parcialmente la consideración del asunto en términos históricos. Hay en este sentido diferentes formas de proceder que señalan otras tantas maneras de concebir la historia de la literatura y, en última instancia, una serie de supuestos acerca del hecho literario en general.

En algunos casos se toma como verdadero punto de partida el concepto de género literario, al que se le concede una existencia previa. El género pasa a ser así una categoría formal que supone la existencia de "lo literario" en términos igualmente abstractos. Esta noción, cuya validez parece provenir de esa definición previa, se asume como lo indiscutible, al punto que pasa a ser el criterio a partir del cual se establecen períodos en la producción literaria. Autores y obras se discuten y analizan por su relación con tal categoría, sin que se evidencien los alcances de su utilización ni por tanto, se entre a sospechar acerca de la validez de tal criterio de pertinencia.

La noción de literatura a la que apunta un trabajo con las características descritas es la de un terreno dado, de límites definidos y fronteras delimitadas, ubicado más allá de un movimiento histórico\*. “Lo literario” se convierte así en un campo al que se le concede no tanto la especificidad, como característica predominante, cuanto la autonomía. Dentro de este orden de razonamiento parece lógico buscar el origen de cualquier manifestación concreta en el ámbito mismo del quehacer propiamente literario —aceptando, provisionalmente que esto fuera posible—. Parece pues que la condición de posibilidad de un hecho literario es la misma literatura, y que el estudio de una obra o de varias se logra válidamente apelando a una cierta lógica interna del orden literario, en los términos en que se la ha delimitado. Los historiadores de la literatura que explícita o implícitamente comparten estos supuestos, analizan las manifestaciones literarias en el entendido de que los procedimientos que aparecen en ellas son reglas del género o que los elementos que las constituyen se explican por la relación de la obra con una determinada tradición literaria. No quiere decir esto que las relaciones internas del orden literario no constituyan un problema para el estudioso de la literatura. Por el contrario, parece ser ésta una de las cuestiones fundamentales de que debe ocuparse. Sin embargo, tales relaciones son para el estudioso, más que la solución del problema, el inicio del mismo. Así, la influencia comprobada de la obra de un autor sobre otra obra posterior o contemporánea —tomando “la influencia” como una relación del tipo que se viene discutiendo— no constituye por sí la explicación de la segunda. Tal señalamiento significa un dato más del problema, quedando sujeta la explicación al estudio del nexo descubierto en relación con una estructura más vasta, en la que inclusive la ligazón apuntada adquiera sentido<sup>1</sup>.

Otros trabajos de historia de la literatura asumen una perspectiva histórica sólo en apariencia. Los productos literarios se explican a partir de un “espíritu de época” o de “las ideas del momento”. Aunque tales designaciones pretenden aludir a cuestiones reales, la referencia a ellas en los términos apuntados conduce a un plano de generalidad y abstracción que tiene como consecuencia la imposibilidad de aprehender el hecho literario concreto y en una situación histórica determinada. Una solución de este tipo lleva a la postulación de movimientos o corrientes que desde el punto de vista cultural e histórico manifiestan contornos borrosos, y desde una perspectiva literaria, presentan un perfil dudoso y oscuro.

En algunos casos el historiador de la literatura acude al plano de lo

\* En la discusión de este problema se han tenido en cuenta aportes fundamentales de Françoise Perus. Cfr. al respecto su obra *Literatura y sociedad en América Latina*, Méjico. Siglo XXI, 1976.

puramente individual para encontrar la justificación de una obra literaria, y la explicación consiguiente. Se le da entonces particular importancia a la intención que conscientemente tuvo el autor al escribirla y se asume así que conciencia y significación pueden identificarse. Por lo demás, se le concede una posición privilegiada al individuo ya que se parte de que la función que la obra tiene para su autor constituye el elemento que determina su carácter literario. Tal propuesta implica señalar que son los individuos los sujetos de la creación literaria y que la sola referencia al autor permite descubrir la significación de una obra. Son evidentes las consecuencias que la afirmación de esta premisa conlleva y lo distante que estará un estudioso que la comparta de la posibilidad de realizar un análisis histórico del fenómeno.

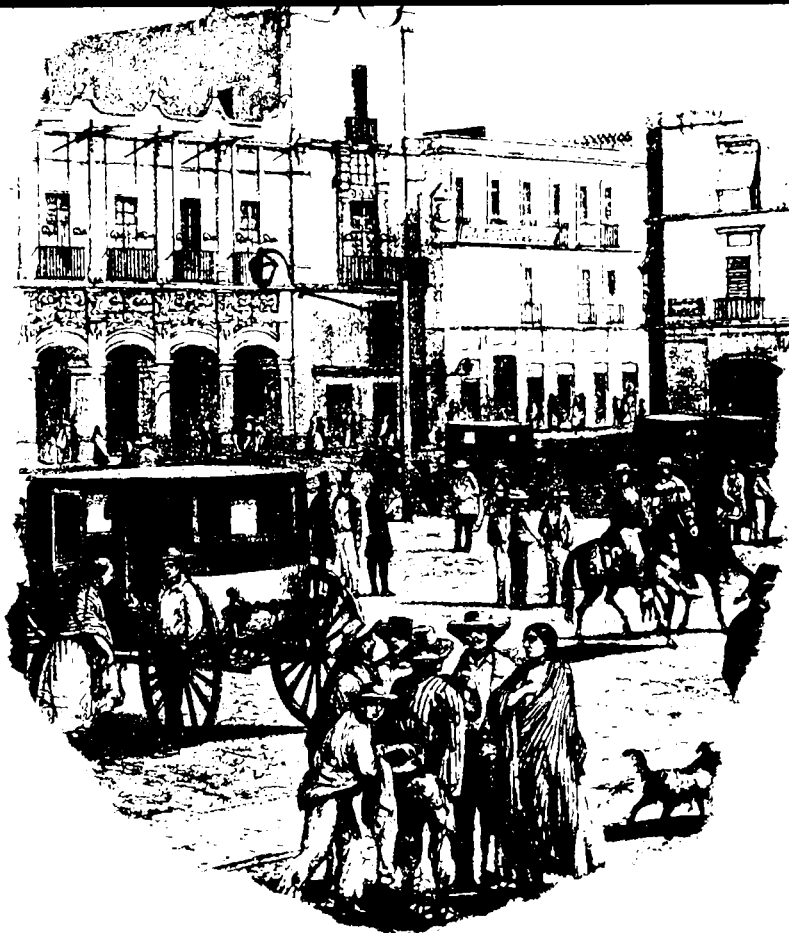
### **El Periquillo Sarniento y las historias de la literatura**

Los modos de realización de ese quehacer que se ha denominado historia de la literatura y los lineamientos que se siguen en su ejecución constituyen las condiciones específicas que han dado lugar a una propuesta de lectura de **El Periquillo Sarniento**. Es fácil concluir, entonces, a partir de las líneas del apartado anterior, los matices con que se ha presentado la obra y los elementos que han conformado una imagen generalizada de ésta.

Más que por ella misma —según la crítica—, la obra de Lizardi parece importar en tanto es la manifestación de un género. Tal hecho es el que le ha permitido figurar en las historias como la primera novela hispanoamericana. Su pertenencia al género novelesco se da por sentada, sin que, en la mayoría de los casos, se haga una explicitación de lo que se está entendiendo por novela. En algunas ocasiones el estudioso pretende lograr una justificación de la existencia del género y, por tanto, de la categoría correspondiente, por la sola referencia a otras obras —europeas— con respecto a las cuales no parece posible poner en duda su carácter de novela. Los peligros que entraña un razonamiento de este tipo y la certeza de que, con su utilización, se ha evadido una verdadera discusión del problema, obligan a sospechar de esta forma de proceder.

La referencia a una serie de novelas europeas generalmente conlleva el señalamiento de las mismas como la condición de posibilidad de **El Periquillo Sarniento**, y funciona entonces como un verdadero criterio de explicación. Al respecto puede observarse la siguiente afirmación de un crítico hispanoamericano:

**“Las primeras formas de la novela moderna se gestan en América entre 1800 y 1844, aproximadamente, dentro de posibilidades que**



están dictadas, por una parte por la novela picaresca española y el Quijote y, por otra parte, por la novela inglesa de Samuel Richardson, novela epistolar de edificación moral”<sup>2</sup>.

Es innegable que la relación de la obra de Lizardi con otras obras y con manifestaciones propias de un género constituyen problemas importantes para una consideración histórica del tema. Son así datos que debe tomar en cuenta el investigador que intente explicar la obra y discutir su génesis. La afirmación transcrita contribuye así sólo parcialmente a la elucidación del problema ya que será necesario transcender el orden literario para descubrir las verdaderas condiciones de posibilidad del género, los términos allí implicados y las consecuencias particulares que tales condiciones tienen en el terreno específico de la creación literaria.

Con respecto al carácter de novela de *El Periquillo Sarniento* parece

haber acuerdo entre los críticos, pasando a tener este asunto el rango de lo dado, de lo confirmado, de lo indiscutible. No se da, en cambio, la misma unanimidad en torno a la consideración de *El Periquillo* como una manifestación de la picaresca. Mientras que algunos lo afirman con más o menos argumentos, otros relativizan su pertenencia a la picaresca por la aparición de ciertos rasgos; finalmente, algunos críticos señalan que la obra es más bien una manifestación contraria a la picaresca, una “antipicaresca”<sup>3</sup>. No interesa entrar a discutir aquí este problema, cuya importancia es innegable. Baste señalar que la alusión a la picaresca cumple una función semejante a la que tiene la mención del término novela, constituyendo una especie de lugar conocido en el que se coloca un objeto novedoso. Se instaura de este modo, una percepción del objeto que reduce lo desconocido e impone un código que mediatiza —y modifica— la aprehensión del mismo. Es evidente que la discusión acerca del carácter de picaresca —o antipicaresca— de la obra, parte del supuesto de su inclusión en el género novelesco. Se logra así una reafirmación del asunto, quedando pendiente sólo la concreción del tipo de novela de que se trata. Sustancialmente, la clasificación está dada: solo faltaría adjetivarla.

La alusión a la novela europea como marco de referencia para el estudio de los orígenes de este género en Hispanoamérica conduce casi inevitablemente al planteamiento de un problema que los historiadores de la literatura han denominado “aparición tardía” de la novela en nuestro continente. Es claro que la enunciación misma del asunto señala la existencia de un supuesto implícito que se ha tratado ya de poner en evidencia en este trabajo: se considera que las condiciones que posibilitan el género están dadas en tanto hay novela en Europa. Al no darse una coincidencia entre el momento en que surge la novela en Europa y el que se señala como fecha de su aparición en Hispanoamérica, se habla de una tardanza del fenómeno en este último. Aunque es innegable que en algún sentido se apunta aquí a un problema válido, la forma en que se lo enuncia y la perspectiva que se adopta para resolverlo conducen a una desviación del análisis hacia elementos accidentales o secundarios que oscurecen lo medular. Más allá de una posición que, ubicándose en el terreno de lo europeo, se plantea el surgimiento de los géneros en Hispanoamérica por su relación con la producción metropolitana en términos de atraso o coincidencia, el historiador de la literatura debe considerar estos datos como claves para una reflexión fructífera que necesariamente debe superar la mera discusión cronológica. Es evidente que a pesar de la interrelación que en la época se da entre Europa e Hispanoamérica, y por ella misma, surgen en uno y otro continente fenómenos con características particulares. Siendo imposible la comprensión del desarrollo que se da en uno sin la referencia a las con-

diciones que impone su relación con el otro, es desde todo punto de vista inaceptable la reducción de la esfera propia del primero a la del segundo.

Resulta así claro que el historiador de la literatura sólo puede abordar válidamente el estudio del surgimiento de un género señalando las relaciones significativas que se establecen entre un orden histórico y social concreto y determinadas expresiones literarias que, por esas mismas relaciones, adquieren formas específicas. El género debe estudiarse necesariamente desde una perspectiva histórica que permita dilucidar su significación como categoría del terreno literario.

Prueba clara de cómo el planteamiento de una “aparición tardía” de la novela ha desviado el análisis del asunto fundamental lo constituyen las llamadas “explicaciones” que han querido dar los historiadores de la literatura a este problema. El señalamiento de unas prohibiciones reales con que la Corona Española deseaba impedir la circulación y la lectura de novelas en sus colonias americanas, la indicación de que el interés del momento —el período colonial— apoya la creación de otro tipo de literatura y la referencia a que sólo surge la novela cuando el crecimiento urbano es considerable, ponen en evidencia el interés por descubrir qué es lo que en cierto período no favorece el surgimiento de la novela y, en otro, lo posibilita. Sin embargo, se apunta en esas explicaciones a aspectos aislados y accesorios, y se pierde de vista lo fundamental, a saber, la estructura esencial del medio en que surge una forma literaria y las posibles relaciones estructurales que pueden establecerse entre uno y otro ámbito.

Lo anterior tiene consecuencias no sólo sobre la historia de la novela hispanoamericana en general, sino sobre el modo en que se aborda cada obra en particular. Influye pues concretamente en la consideración de que es objeto **El Periquillo Sarniento**, obra en torno a la cual giran las notas de este artículo.

Otro elemento que las historias de la literatura y los críticos de la obra que interesa han señalado como un aspecto fundamental de la misma es lo que se ha denominado su perspectiva didáctico-moralizante. De alguna manera los críticos han percibido que este aspecto es medular para comprender la estructura y el sentido de la obra: no es casual que intenten analizar sus peculiaridades —con respecto al género— a partir de tal perspectiva, ni que sea en relación con ella que se busca la ligazón con “la época, con las corrientes de pensamiento predominantes” o con los “intereses de Fernández de Lizardi”. A pesar de la importancia indiscutible de este aspecto, la crítica lo ha abordado en términos muy generales, limitan-

do así las posibilidades de un estudio pormenorizado de la obra y de su consideración histórica. No se entran a detallar los términos en que se funda esa perspectiva didáctico-moralizante ni las particularidades que presenta. Tampoco se apunta la función que tiene tal perspectiva en relación con la totalidad del texto, y con cada uno de los elementos en particular.



En síntesis, no se estudia el asunto con la profundidad necesaria para responder válidamente a las interrogantes siguientes: por qué y cómo aparece esa perspectiva en la obra.

*Para una lectura de El Periquillo Sarmiento*

El propósito de este trabajo conduce a la consideración del objeto desde una doble perspectiva: la de su estructura y su sentido, por un



lado, y la discusión de estos aspectos desde la problemática del género, por otro. En ninguno de los dos casos se pretende llegar a una dilucidación completa o definitiva de los problemas apuntados. Se busca más bien ubicar algunos enfoques predominantes de tales problemas, concretar los términos de los mismos y señalar posibles vías de solución. Se intenta iniciar una discusión aclarando sus alcances y apuntando algunos de sus lineamientos fundamentales.

En un primer momento se aborda el problema a que los críticos han querido referirse al hablar de una perspectiva didáctico-moralizante. Se trata de la consideración de aquello que constituye lo específico del relato, de su forma. La descripción de las particularidades del punto de vista narrativo que se instaura y sus consecuencias sobre el universo creado en la obra, llevan necesariamente al estudio de lo que permite la existencia de la forma: La representación del mundo narrado, su percepción conduce así —en un segundo momento— al análisis de sus determinaciones; es aquí donde se acude a una estructura más vasta en la que la forma adquiere sentido. Dado que en el proceso mismo de conocimiento del objeto, el paso de uno a otro momento es constante ya que ambos forman parte de un mismo movimiento, la exposición alterará de manera inevitable el gesto original, al someterse a las condiciones impuestas por la consabida linealidad<sup>4</sup>.

La consideración del aspecto genérico conlleva más riesgos en la misma medida en que compromete mayor cantidad de cuestiones y en que atenta contra lo aceptado como indiscutible. Se intenta aquí poner en duda esa acepción de género como categoría acabada, entendiéndola más bien como un concepto teórico que permite aprehender una realidad históricamente dada. Es así como el estudio de la obra de Fernández de Lizardi en los términos en que se señaló anteriormente, permite y casi que obliga a la reflexión sobre los términos que harían posible su inclusión en el género novelesco. Con una reflexión de este tipo se cierra el trabajo, no así el campo de discusión cuyas perspectivas quedan abiertas.

### El Periquillo Sarniento y *la historia*

El *Periquillo Sarniento* o *Vida y hechos de Periquillo Sarniento* escrita por él para sus hijos pertenece a José Joaquín Fernández de Lizardi, quien nació en México en 1776 y murió en 1827. Sus padres fueron criollos, y aunque se trataba de una familia corta de recursos, gozaba de cierta reputación profesional. Fue enviado a Méjico para realizar estudios, pero en 1798 abandona el Colegio de San Ildefonso sin haberse graduado. Fun-

da un periódico, “El Pensador Mejicano” (1812-1814) y aboga por la libertad de imprenta. Su papel de reformador de abusos sociales y políticos lo lleva al terreno del periodismo y de la literatura. Esta preocupación por los males de su sociedad se mantiene a lo largo de toda su vida.

Son múltiples las ediciones que existen actualmente sobre **El Periquillo Sarniento**. Jefferson Rea Spell<sup>5</sup> se refiere a las iniciales y apunta que la primera es de 1816, que salió a la luz incompleta. La segunda, de 1825, es igualmente incompleta: contiene sólo una cuarta parte de la obra. En 1830-31 aparece la tercera, que aunque se publica unos años después de la muerte del autor es, según el estudioso citado, la más fiel. La cuarta edición, de 1842, es de donde surgen las ediciones posteriores.

Como se ve, la obra corresponde a uno de los momentos más significativos de la historia de Hispanoamérica. Se trata de un período de fuertes tensiones en que el continente es el escenario de acontecimientos que se han venido gestando desde fines del S. XVIII y que marcan los años y las décadas posteriores.

Parece necesario, para lograr los fines que este trabajo se propone, trazar un cuadro general de la situación histórica que rodea el surgimiento de la obra que interesa. Se toman en cuenta los factores económicos, sociales y políticos, y se orienta la consideración de los mismos hacia el señalamiento de sus consecuencias en el plano ideológico. La exposición de estos elementos será el punto de partida para descubrir —en el análisis de la obra que se intenta en un apartado posterior— cómo funciona el discurso con respecto a los sistemas vigentes de representación<sup>6</sup>.

En este período las sociedades latinoamericanas entran en un proceso de consolidación. Se anuncia la existencia de entidades sociohistóricas específicas por la aparición de una serie de elementos. A nivel socioeconómico surgen formas estables que permiten un intercambio permanente y que conforman una organización social de considerable complejidad. Lo anterior está acompañado por la presencia de un factor de carácter ideológico:

**“Un sistema de patrones culturales y de valores que en el nivel ideológico se manifiesta en el fortalecimiento de la conciencia ‘criolla’, la cual, en el momento del estallido de la crisis, se expresará como conciencia americana por oposición a la europea”<sup>7</sup>.**

Ocurre en este momento una franca expansión de muchas áreas y sec-

tores. Desde el punto de vista económico hay un aumento de la actividad agrícola y un creciente proceso de diversificación de la misma. Se intensifica el intercambio, lo que conlleva la aparición de una vasta red de relaciones entre las diversas áreas. En el nivel social, se da un considerable fortalecimiento de los grupos dominantes criollos. Estos mantienen las relaciones que garantizan su dominio gracias a que las condiciones en que se han desarrollado les ha permitido una relativa “autonomía” en lo que se refiere al control del aparato productivo.

Lo anterior está acompañado de continuas presiones de la población mestiza e indígena, que reacciona ante el monopolio de los privilegios en manos de los grupos blancos en general.

Los conflictos ponen en peligro la estabilidad del orden instaurado, y llevan a los grupos dominantes a generar determinadas respuestas, tales como la reafirmación del sistema de castas y el aumento del control sobre esta parte de la población.

La magnitud de las rebeliones y la actividad de los grupos de indios y mestizos determinó que éstos jugaran un papel protagónico en algunos casos concretos y en períodos específicos. Con respecto a Méjico, Tulio Halperin Donghi señala lo siguiente:

**“...en México la revolución comenzó por ser una protesta india y mestiza en la que la nación independiente tardaría decenios en reconocer su propio origen”<sup>8</sup>.**



El crecimiento del mercado interno y la ampliación del europeo impulsan la consolidación de las sociedades en la segunda mitad del S. XVIII. Se da entonces un incremento de la agricultura de exportación y de otras actividades complementarias. De esta forma las colonias logran vincularse al mercado internacional por dos vías: la que permite el intercambio con la metrópoli, que crece día a día, y la que se establece con los países capitalistas dinámicos.

La expansión de las actividades económicas les permite a algunas zonas superar un estadio de bajo nivel de desarrollo y seguir un rápido proceso de consolidación que conduce a la formación de sociedades permanentes.

Frente a este movimiento de expansión comienza a conformarse una situación de crisis: se empieza a desarrollar en Hispanoamérica una serie de factores críticos a la vez que, por una convergencia de intereses, se estrechan los vínculos entre Latinoamérica y los países dinámicos. Estos últimos encuentran en el área latinoamericana un mercado para su producción manufacturera; simultáneamente el mercado europeo abre sus puertas a algunos productos provenientes de América.

La situación americana al empezar a conformarse la crisis, presenta una serie de características particulares. Un hecho fundamental, la expansión de la economía de exportación, conlleva la presencia de una serie de factores. Aumenta el volumen de producción y crece la competencia entre las diversas áreas. Sin embargo, la estructura productiva no logra incorporar grandes sectores de población libre, que experimentan un crecimiento significativo. El vagabundeo crece y con él las manifestaciones de algunos sectores criollos en el sentido de institucionalizar el trabajo forzado.

Gran parte de la producción se coloca en las metrópolis, pero los términos del intercambio imponen ciertas limitaciones a las posibilidades de enriquecimiento de los criollos. De aquí nace el deseo de éstos de controlar el comercio y propiciar un cambio en cuanto al provecho que hasta el momento han obtenido de esa actividad.

Los grupos criollos, limitados por los alcances que tiene el nexo colonial --que obstaculiza la creciente ligazón entre Latinoamérica y los países dinámicos-- pasan a considerar que es una relación de "libre competencia" la que más se acomoda a sus intereses. Una relación de este tipo los fortalece y posibilita la superación de una serie de restricciones.

El nexu colonial empieza poco a poco a perder utilidad para los grupos criollos, en la medida en que no sirve ya como garantía de sus intereses. La metrópoli se muestra interesada en propiciar ciertos cambios que no favorecen las aspiraciones de ese grupo por cuanto amenazan la condición de que gozan, y es así como se perfila cada vez más claramente una abierta oposición entre los criollos y los peninsulares.

**“Para la clase ‘criolla’ dominante, empeñada en mantener y reproducir su dominación interna, el renovado nexu colonial representa en forma creciente un factor que contraría su condición de clase dominante y frena su desarrollo al obstaculizar su actuación autónoma en la esfera económica, limitar al extremo su representatividad política e impedir su control de los órganos superiores de gobierno. El descontento de los ‘criollos’ se pone de manifiesto en su oposición cada vez más definida y abierta a los sectores representantes del poder colonial, vehículo de implementación de una política económica y social que lesiona sus intereses de clase, y a los comerciantes peninsulares, que progresivamente han ido concentrando las posiciones claves del comercio trasatlántico”<sup>9</sup>.**

La reafirmación del sistema de castas que acompaña este proceso de expansión conduce a una agudización de los conflictos sociales. A fines del S. XVIII proliferan las manifestaciones de descontento entre los grupos desfavorecidos.

En este mismo momento —fines del S. XVIII— la crisis empieza a generalizarse, y se manifiesta por la aparición de un conflicto en dos órdenes: el enfrentamiento entre grupos privilegiados y grupos marginados por un lado, y la oposición criollos y peninsulares, por otro, mostrándose un predominio final de este último.

Los grupos dominantes criollos advierten que la medida que conviene a sus intereses es la eliminación del lazo colonial en todo el territorio, y a eso se dedican.

Estos grupos dominantes proponen proyectos nacionales que conduzcan a superar la crisis y a fortalecer su condición de tales. Desde el punto de vista económico se tratan de impulsar factores dinámicos que llevan a una recuperación. Se proponen medidas tales como la prohibición de constituir nuevos vínculos y mayorazgos, el desestanco, etc. También se propician medidas que conduzcan a una generalización del trabajo libre y a una organización del Estado nacional. Se pretende que éste sea el canal

por el cual las élites establezcan relaciones con los centros dinámicos. Se busca así mismo, a nivel externo, la expansión del comercio exterior.

Finalmente se logra un reordenamiento de la vida económica que le permite al grupo criollo mantener y reforzar su posición.

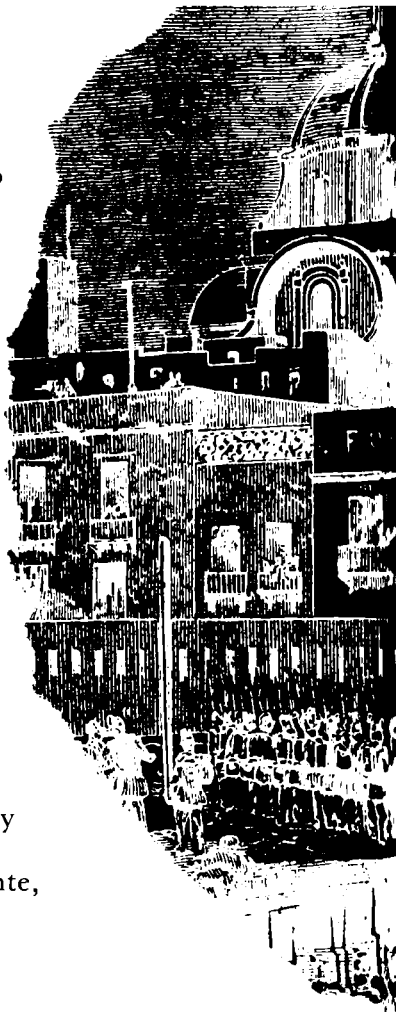
En el seno de estas tensiones se encuentra ubicada la obra *El Periquillo Sarniento*. Las particularidades de esa ubicación —su relación significativa— es la preocupación que se aborda en el siguiente apartado.

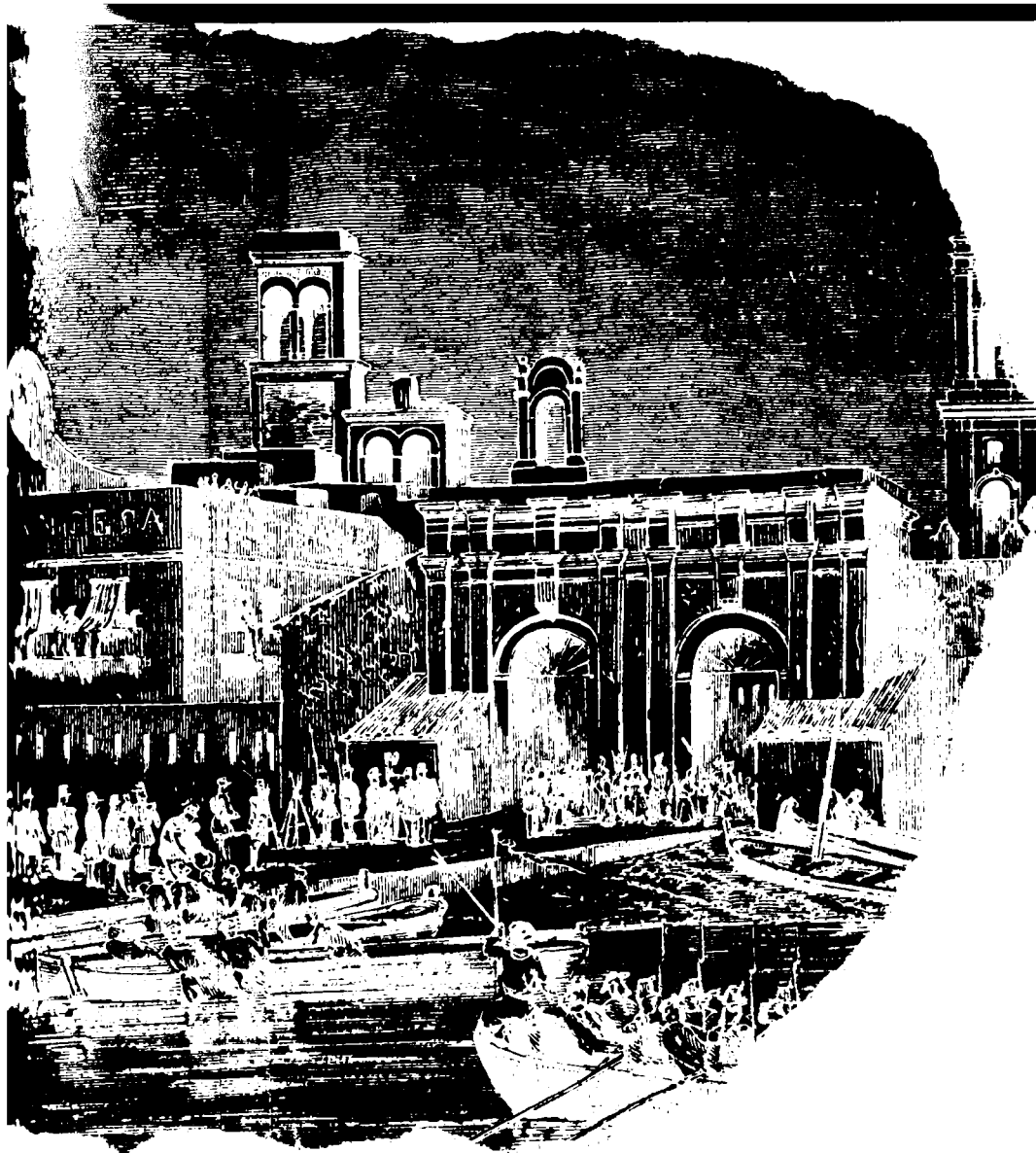
#### *Una lectura sobre la escritura*

Para poder insertar un discurso en el ámbito que lo engloba y desde el cual se descubre su significación, es necesario analizar la forma en que en tal discurso se mediatiza el sentido; se trata, en otras palabras, de indagar de qué manera se construye un sentido y cuáles son los rasgos que lo definen. Se aborda entonces, simultáneamente, el estudio de los procedimientos que instauran una forma y el de la estructura semántica fundada en ellos.

Se intenta entonces describir las modalidades que adopta el punto de vista narrativo de *El Periquillo Sarniento* y los elementos con que la narración funda, a través de la percepción del sujeto que enuncia, un sentido. El análisis se propone satisfacer esta doble exigencia en el apartado presente y en el que lo sigue.

Como se ha visto, la obra se coloca en un momento de gradual consolidación de las sociedades latinoamericanas que conlleva la existencia de





nuevos factores a nivel económico, social, político e ideológico. El surgimiento de alternativas distintas va acompañado de nuevas actitudes, nuevos valores y, en general, nuevas formas de representación del mundo. Esto implica que se está ante un proceso de superación de un orden determinado y de gradual inicio de otro. Se trata, en síntesis, de un período de crisis.

Tal es la condición concreta en que surge como posibilidad una escritura como la que presenta **El Periquillo Sarniento**. Así como históricamente Latinoamérica se coloca en un momento de transición entre el orden derivado del nexo colonial y el que, surgiendo desde él, se va implantando, la escritura de la obra se sitúa en el cruce de dos ámbitos. La relación entre ambos crea el lugar desde el cual se mira el universo mostrado, en donde cada uno de los elementos de este universo cobra sentido por el tipo de nexo que establece con respecto a esa relación.

Ese cruce de dos vertientes que crea una forma de ver particular y que caracteriza la narración, puede analizarse desagregando sus componentes fundamentales. Los resultados de este proceso permiten descubrir un eje principal que ordena la percepción del narrador y que se puede enunciar como una oposición entre los siguientes términos: sociedad hidalga vrs. sociedad criolla. Este eje genera múltiples oposiciones secundarias que se ordenan alrededor de la principal y que constituyen la narración misma.

Esa estructura bipolar que como tal se expresa en la forma, también se tematiza dentro de la obra. El narrador, al referirse a su estilo señala que se realizará en el movimiento que va de lo serio a lo trivial, de lo erudito a lo popular.<sup>10</sup>

Como se ve, el ejemplo anterior se sitúa al inicio de la obra, lo que resulta interesante si se observa que otro caso de tematización de esta bipolaridad se ubica al final de ésta. Se hace referencia aquí al personaje central: su amigo Martín Pelayo, clérigo y confesor del Periquillo, lo describe diciendo: "Fue malo la mitad, y la otra bueno"<sup>11</sup>.

La descripción de los diferentes ejes a través de los cuales se da la narración y que no son más que transformaciones del eje central que recuerdan sus polos básicos, permitirá concretar los términos de esa perspectiva didáctico-moralizante que ha señalado la crítica. La función de la misma sólo se aclarará cuando se discuta el papel de cada uno de los extremos del eje principal en la estructura global de la obra.

El eje mencionado, a saber, sociedad hidalga vrs. sociedad criolla se manifiesta reiteradamente en el texto como una oposición entre pasado y presente, lo cual quiere decir que una serie de elementos son, desde el punto de vista narrativo, propios de una forma de vida en franca decadencia, y otros la cristalización de una entidad pujante que empieza a sustituir a la anterior. El polo del presente, por el modo peculiar en que aparece conformado en el texto, se prolonga hacia el futuro; pero este problema será discutido detalladamente un poco más adelante.



La relación entre los dos extremos se manifiesta en esa doble función —a la vez tan cercana y tan distante— del personaje central. Pedro Sarmiento, en la madurez de sus años y en la antesala de la muerte, se constituye en la instancia narradora que define un presente. Al mismo nivel, y dentro de esa esfera temporal, aparecen sus destinatarios explícitos y constantemente apelados: sus hijos. A ese presente, concebido aquí no tanto como una instancia temporal sino como un lugar desde el cual se mira el universo creado, se asocian gran cantidad de personajes, acontecimientos, espacios, así como múltiples interrelaciones de estos elementos. El polo del presente se expresa además en un conjunto de valores cuya existencia está definida tanto por elementos del mundo narrado como por formas particulares de discurso. Pero el centro del presente es Pedro Sarmiento tal y como aparece después de su conversión, es decir, desde el sitio que le permite ser sujeto de la enunciación y proponer su mirada como el lente que devela el mundo.

La esfera del pasado se organiza alrededor del Periquillo Sarmiento y de los elementos que le dan existencia a la vida del pícaro. Esta esfera apunta a formas de ser que, desde el punto de vista narrativo, son susceptibles de un proceso de disolución y que llevan la marca de la decadencia. El pasado de Pedro Sarmiento, que permite la aparición del Periquillo, es más que eso: es lo que irremediabilmente está siendo superado por toda una sociedad.

Las vicisitudes del Periquillo se dan en ese ámbito que posibilita una sociedad en vías de desaparición —en cuanto sociedad hidalga—, José Luis Romero señala que las condiciones de esa sociedad son las que definen la aparición del pícaro y con esto resulta aún más claro cómo se alude a una forma de vida por la escogencia de un tipo de expresión literaria. Romero afirma que las ciudades hidalgas presentan algunos resquicios por los cuales los numerosos miembros de los grupos marginados podían intentar una mejor suerte. Y refiriéndose a ellos dice:

**“Era, generalmente, a fuerza de astucia y, como en la península, ese esfuerzo convertía en pícaros a quienes lo intentaban...”<sup>12</sup>.**

Efectivamente, la vida del pícaro está asociada a ese pasado que representa la sociedad colonial. Las múltiples experiencias que vive Periquillo muestran las consecuencias de una sociedad dada, cuya organización permite abusos, irregularidades, injusticias, vicios etc. La relación entre esta etapa de la vida del pícaro y esa sociedad hidalga que trata de representar es más clara si se observa que las réplicas del personaje —cuando se

manifiesta en los límites de ese pasado y no asume la posición de Pedro Sarmiento, es decir, cuando habla como el Periquillo y dentro de su ámbito propio— tratan de reafirmar la validez de una serie de actitudes claramente señoriales. Así por ejemplo, cuando emprende el viaje de Manila a su tierra con algún dinero, explicita sus aspiraciones: comprar en Madrid un título de conde o marqués, casarse con una dama que le permita frecuentar al Virrey y a su esposa, tener grandes lujos, en fin:

“¿Parará en esto? No, señor, las haciendas aumentarán sus productos, mis cofres reventarán en doblones, y entonces mi amigo el virrey se retirará de España y yo me iré en su compañía. El, por una parte, bienquisto con el rey y por otra oprimido de mis favores, hará por mí cuanto pueda en el ministerio de Gracia y Justicia, en el departamento de Indias; yo no me descuidaré en granjear la voluntad del secretario de Estado, y a pocos lances, a lo más dentro de dos años, consigo los despachos de Virrey de México. Esto es de cajón, y tan fácil de hacerse como lo digo, y entonces... ¡Ah, que gozo ocupará mi corazón el día que tome posesión del virreinato de mi tierra!”<sup>13</sup>.

La instancia narrativa que se constituye desde el presente pasa a ser una especie de tamiz obligado a través del cual se conoce el pasado. El Periquillo sólo se conoce por la criba de la palabra —y la mirada— de Pedro Sarmiento. La visión que se instaura desde el presente no sólo funda el pasado sino que le impone un código rígido que tiene consecuencias tanto a nivel de la escritura, como al nivel de la lectura. Más que una interrelación o contraposición de ámbitos, se da una superposición de uno sobre otro. En este sentido la contradicción pierde sus posibilidades de existencia en cuanto tal, y no pasa de ser el resultado de la superposición mencionada. Son múltiples los recursos que en el texto marcan esa relación de predominio del presente —y todo lo que esto significa— sobre el pasado. El establecimiento de esa especie de jerarquía es uno de los rasgos más importantes de la forma y, por tanto, de la conformación de un sentido. En un momento posterior del análisis se aborda la descripción y el estudio de tales recursos; por ahora conviene mencionar que en el caso citado, la réplica del Periquillo —en el pasado— aparece mezclada con consideraciones emanadas del presente que niegan la validez de lo dicho por el personaje. Esto es particularmente importante si se tiene en cuenta que la censura o negación proviene del mismo personaje —aunque efectivamente desde otra perspectiva—, lo cual tiene un efecto innegable al nivel de la lectura. Se oscurece la distancia entre los dos ámbitos y la superposición de uno sobre otro aparece borrada de la superficie del texto. Tal es el papel fundamen-

tal que, en el juego de los extremos del eje, desempeña la instancia narrativa en su doble función de personaje —centro de un ámbito— y narrador —centro del otro y lugar desde el cual se mira el primero—.

La negación que Pedro Sarmiento hace de las réplicas del Periquillo no tienen que ver con su existencia efectiva. Esta no se pone en duda: es más, la historia se presenta explícitamente como un relato de hechos “sucesidos”. El narrador afirma que los acontecimientos pasarán al papel “según me ocurra a la memoria”<sup>14</sup>.

Todo lo que se refiere al ámbito del pasado se caracteriza como el polo de lo real, lo cual reafirma la propiedad de la instancia del presente en tanto fundadora de “realidades”. La negación se refiere a la validez que las ideas del personaje tienen según el punto de vista. El polo del presente no sólo es real —situación que se reafirma por un proceso envolvente de instancias de discurso, que será tratado más adelante— sino que se señala como verdadero, es decir, como lo válido, lo que debe buscarse, el futuro, lo que llega de forma irreversible. Los sueños del Periquillo, sus deseos de ser adinerado, tener lujos y ser virrey, son calificados por el narrador como delirios, simplezas, etc.<sup>15</sup>.

El Periquillo, su madre y algunos de sus amigos muestran actitudes que los acercan a las costumbres y valores de la sociedad hidalga. La instancia que se genera desde el presente muestra una franca oposición a estas actitudes y las presenta como resabios señoriales de una sociedad en transición. Se critica entonces el deseo de convertir la superioridad en un espectáculo —más allá del goce mismo del privilegio—, la obsesión por ostentar blasones y genealogías, la vida frívola rodeada de lujos desmedidos y ocios cortesanos. El modelo de vida noble está negado. Esto resulta particularmente evidente cuando, al narrar los muchos extravíos del personaje y los continuos desengaños derivados de éstos, se asume que la causa es la existencia de una actitud señorial que ya no está de acuerdo con las circunstancias y que lleva al personaje a vivir de un modo inadecuado e insatisfactorio, a perder de vista el presente:

**“...¿qué destino había de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título hueco de bachiller en artes, que para mí montaba tanto como el de conde o marqués?”<sup>16</sup>.**

La crítica a las actitudes señoriales también se realiza por una constante discusión de la vanidad del lujo, de lo poco que la ostentación refle-

ja la virtud. Poco antes de morir Pedro Sarmiento, que representa —en el presente— la superación de esas actitudes, le aconseja a su esposa:

**“...no disipes en modas, paseos ni extravagancias lo que te dejo para que vivas...”<sup>17</sup>.**

El eje principal, transformado en pasado vrs. presente, realidad vrs. verdad, se presenta también bajo la forma de ocio vrs. trabajo. El Periquillo logra su “grado” de pícaro gracias a la frecuencia con que se dedica a las tertulias livianas, a los bailes y al vagabundo; y la actitud que se genera en ese pasado es la de rechazo absoluto del trabajo, expresado fundamentalmente por un desprecio a quienes se dedican a los oficios mecánicos.



Los frutos del ocio improductivo son la inutilidad del personaje y su imposibilidad de ganarse la vida al no querer someterse al aprendizaje de un oficio. La visita del pícaro a Sancheofú y la necesidad de explicar y justificar costumbres que en su tierra se dan por un hecho, son una buena oportunidad para que el personaje afirme sus ideas al respecto con la ingenuidad que permite poner al descubierto las premisas de que parte. Así, con respecto a los oficios, dice al Tután de ese exótico lugar.

**“Señor, yo soy noble en mi tierra, y por esto no tengo oficio alguno mecánico, porque es bajeza en los caballeros trabajar corporalmente”<sup>18</sup>.**

La afirmación de la importancia y la necesidad de los oficios mecánicos es un asunto constantemente desarrollado desde la perspectiva del presente. La ausencia de un aprendizaje en este sentido conduce —desde el punto de vista— al ocio, al vicio y a la inutilidad, lo que es profundamente censurado. Desde la narración el ideal del hombre es aquél que es útil a sus semejantes y a los gobiernos. La contradicción entre esta propensión al ocio —asociada al pasado— y la afirmación del trabajo como forma de ganarse la vida —asociada al presente— se expresa en la obra por la oposición de dos personajes: la madre y el padre del Periquillo. La madre, dominada por actitudes señoriales, desea que su hijo sea un erudito y que se aleje

así de la dedicación a un oficio, lo cual pondría en entredicho su ascendencia noble.

El padre en cambio considera que quien trabaja para ganarse la vida honradamente crece en la virtud, y que el aprendizaje de un oficio es el mejor camino que puede seguir su hijo. La posición de la madre —incorrecta desde el punto de vista— es la que más pesa en la formación del personaje, y esto determina sus malas costumbres y su irresponsabilidad. Si bien es cierto que la esfera en que se mueve Periquillo está caracterizada por las condiciones impuestas por la influencia materna, el ámbito en que tiene lugar la existencia de Pedro Sarmiento y desde el cual se narra, está dominado por la influencia de las ideas del padre. Cualitativamente estas últimas predominan, pues el padre es uno de los personajes que expresa los rasgos del polo del presente, de la verdad. La afirmación de la propuesta paterna se muestra al nivel mismo de la fábula: la conversión del héroe no sólo es posible sino que se realiza completamente. También se afirma por la palabra misma de Pedro, centro del polo de la verdad:

**“Al pie de la letra se cumplió la predicción de mi padre; y mi madre, entonces, a pesar de su cariño, que nunca le faltó hacia mí, conoció cuánto había errado en oponerse a que yo aprendiese algún oficio”<sup>19</sup>.**

Es así como estos dos personajes —madre vrs. padre— tematizan dentro del universo creado una oposición mayor que está presente desde la narración misma, y que constituye su eje.<sup>20</sup>

La crítica al ocio se extiende a la consideración del tema de los pobres en la obra. En general, se deja ver que la causa de la pobreza es la falta de dedicación a un trabajo. A veces parece que se enfatiza que la culpa está del lado del necesitado, que no busca el trabajo; pero en otros momentos se deja entender que no se encuentra fácilmente una ocupación. Esta es una de las cuestiones más tocadas por el punto de vista, como oposición a la holgazanería. Así, dice a sus hijos al inicio de la obra que no presten esos cuadernos “a los pobres que lo son por flojera”<sup>21</sup>. La oposición a la vagabundería le permite emprender la crítica de los vicios, asociados también a la falta de dedicación a un trabajo. Las consecuencias de éstos son ejemplificadas extensamente por las aventuras del Periquillo y por su continuo desengaño. Su superación está determinada por el arrepentimiento y la conversión del pícaro.

El eje de oposición representado por la madre y el padre del Peri-

quillo permite la aparición de otro eje: educación verbalista vrs. educación pragmática. Con esto se introduce uno de los temas más importantes de la obra, lugar privilegiado desde el cual la narración contrapone la sociedad hidalga a la sociedad criolla. La educación pragmática se presenta como la propuesta del presente y del futuro, única garantía de formación de hombres útiles. Para el punto de vista solo ese tipo de educación permite el progreso de una sociedad y promueve su desarrollo dinámico. La educación verbalista, alejada de la realidad, representa la subsistencia de prejuicios sobre el valor de la sabiduría por ella misma, y forma hombres mediocres y presuntuosos. El Colegio de San Ildefonso ejemplifica, dentro de la historia, esa educación tradicional asociada al pasado y a la decadencia. Refiriéndose a él dice Pedro Sarmiento:

“...todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbres, y los que convenía quitar, según la razón y hace ver el ilustrísimo Feijoo en los discursos X, XI y XII del tomo VII de su Teatro crítico”<sup>22</sup>.

Como se ve, se critica la educación que se convierte en forma de ostentar una posición social, y que no lleva a una aplicación inmediata. Se afirma su función como medio de escalar a una mejor posición social, siempre que permita una aplicación útil al desarrollo de la sociedad. Es claro cómo la oposición generada en torno a la educación facilita el surgimiento de otro eje de significación: estancamiento vrs. progreso. La educación práctica genera nuevas actividades e impulsa el progreso; la enseñanza escolástica y verbalista es inútil y no tiene consecuencias fructíferas para la sociedad. Es así como la idea de progreso surge asociada directamente al polo del presente, de la sociedad criolla, y el estancamiento se relaciona con el orden colonial decadente.

Las anteriores oposiciones tienen consecuencias a nivel del ritmo de desarrollo que se asocia a cada extremo de los ejes. En efecto, mientras que al presente se le caracteriza como un ámbito dinámico —recuérdese su carácter de presente-futuro— al pasado se le señala como un orden estático. En efecto, los modelos hidalgos se presentan como imágenes nostálgicas de un pasado que ya no tiene vigencia, y que se percibe como un cuadro inmóvil y sin posibilidades de recuperación.

El pasado estático, decadente, aparece como el lugar de “la tradición” y “lo acostumbrado”. El punto de vista discute todo aquello que se origina en la costumbre —en el pasado— y que riñe con la razón. Esta última se convierte en elemento fundamental que da sentido a la esfera del presente. Aparece así el eje tradición vrs. razón.

Una de las cuestiones que se discuten dentro de los lineamientos del eje mencionado es la riqueza. Tradicionalmente la riqueza debía mostrarse, indirectamente, como algo consabido y asentado. El hidalgo poseía una “antigua riqueza” que no tenía muy a la vista sus fuentes. Se presentaba al beneficiario como alguien que sólo la recibía y la gozaba:

**“sin poner las manos en los sucios menesteres que suponía su obtención”<sup>23</sup>.**

A esta imagen de la riqueza del pasado, se opone una nueva imagen en el presente. Esta pasa a ser un mérito suficiente —sin acudir a genealogías—, y el criollo no tiene reparo en velar directamente por sus intereses, abandonando así los prejuicios del pasado.

La tradición también se critica por medio del tema de la superstición. Esta se asocia al pasado, y es censurada constantemente por el punto de vista. Uno de los ejemplos más claros de esta relación que se establece en el texto entre superstición y costumbre es el siguiente:

**“Luego que nacía, después de las lavadas y demás diligencias de aquella hora, mis tías, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño, querían amarrarme las manos, y fajarme o liarme como un cohete, alegando que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso a espantarme, a ser muy manilargo de grande, y por último, y como la razón de más peso y el argumento más incontrastable, decían, que éste era el modo con que a ellas las habían criado, y que por tanto era el mejor y el que se debía seguir como más seguro, sin meterse a disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del día, y pues ellos amarraban las manos a sus hijos, se debía seguir su ejemplo a ojos cerrados”<sup>24</sup>.**

Muchas cuestiones tocantes a la Iglesia y al orden político son atacadas por el punto de vista desde el eje tradición vrs. razón. Así por ejemplo se manifiesta la oposición al privilegio que en el trato tienen los clérigos, solamente por serlo. Se señala cómo la imagen tradicional del clérigo está penetrada por las ideas de erudición, bondad y virtud, no correspondiendo siempre esto a la verdad. Martín Pelayo, en su época de pícaro, recomienda esto al Periquillo:

**“Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira, un clérigo es bien visto en todas partes; todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos...”<sup>25</sup>.**

Con esto se logra una verdadera crítica de las “imágenes heredadas” de un orden establecido, que falsean la realidad y ofenden la razón.

Pero el ataque a la Iglesia, si bien genera toda una controversia dentro del texto, sólo logra existir acompañado de un inmediato señalamiento de una imagen positiva que limita la crítica a elementos muy concretos y superables. Cualquiera de estos ataques va seguido de gran cantidad de muestras de la religiosidad del sujeto de la enunciación, con la cual se delimita claramente la esfera adversada. Hay otros recursos por medio de los cuales se afirma la positividad del ámbito religioso, que pertenece al presente. Por ejemplo, en el caso recién citado en que por la palabra de Martín Pelayo se presenta una crítica, el texto conduce a una franca relativización de lo dicho en la medida en que aparecen clérigos que responden válidamente a una imagen positiva: el mismo Martín Pelayo, padre erudito y bondadoso en el polo del presente.

Lo anterior ha demostrado ya parcialmente la existencia de otro eje de la narración: “mérito” heredado vs. “mérito” obtenido. Al pasado se asocia la obtención de ventajas por la herencia; v.g.: el mayorazgo. Todo este tipo de ventajas comunes en el viejo orden son censuradas en el polo del presente. La nueva sociedad dinámica proclama la validez del mérito personal, del esfuerzo, contra la herencia. Las nuevas condiciones generan competencia, y dentro de los límites que ésta impone se da lugar al ascenso por mérito. El coronel, personaje afirmado por el punto de vista y asociado al polo del presente y a los valores que fundan este ámbito, muestra claramente cómo se considera de mayor importancia la inclinación y la voluntad del hombre que su sangre:

“...te aconsejo que no blasones de la limpieza de tu sangre, ni saques a la plaza las cenizas de tus abuelos en su memoria, pues estas jactancias sólo servirán de hacerte más odioso a los ojos de los hombres de bien, porque mientras mejores hayan sido tus ascendientes, tanto más resaltará tu perversidad, y tú propio darás a conocer tu mala inclinación, pues probarás que te empeñaste en ser malo, no obstante haber tenido padres buenos...”<sup>26</sup>.

Desde el punto de vista la herencia no es un mérito, sino el origen de grandes injusticias y problemas. La crítica al mayorazgo está fuertemente tematizada en el texto por la historia del trapiento, uno de tantos relatos de segundo grado que se mezclan con la historia básica. En este caso se ve claramente cómo se opone el derecho hereditario al mérito verdadero:



“...Mi hermano Damián ...sin mérito ni elección  
suya, nació primero  
que yo y fue constituido mayorazgo...”<sup>27</sup>.

El eje fundamental –sociedad hidalga  
vrs. sociedad criolla– también  
se expresa en la oposición sociedad  
colonial vrs. sociedad arraigada. El  
primero de los extremos alude a  
una forma de vida atado de cerca a los  
modelos y las condiciones impuestos  
directamente por la metrópoli. En el  
texto esto se manifiesta por una crítica  
al extranjero, protagonista de la es-  
fera del pasado, de la sociedad  
hidalga. El coronel en una de sus réplicas  
muestra claramente su posición con  
respecto a las consecuencias que la  
presencia extranjera ha tenido en  
América. Este personaje afirma una nue-  
va forma de riqueza, basada en la  
industria, en la tierra, en el intercambio  
y se opone a concentrar los esfuerzos  
en torno a las minas, lo cual

“despierta la codicia de los  
extranjeros y  
enerva la industria y labo-  
rio de los naturales”<sup>28</sup>.

Se manifiesta más la aprobación  
del punto de vista a un crecimiento  
orientado por los habitantes de América,  
por las élites arraigadas. No es  
casual que aparezca aquí la noción de  
patria, como un valor afirmado por  
la esfera del presente, por los criollos. La  
importancia que esta noción tie-  
ne para el grupo criollo y la forma que adopta  
entre sus miembros han si-  
do expuestas claramente por Severo Martínez:



“Los criollos estaban defendiendo su patrimonio de herederos de la conquista y ese patrimonio fue la base material de que surgió entre ellos la idea de patria”<sup>29</sup>.

La patria es así el lugar donde se ubican los intereses de los criollos; ellos ya no están de paso como los españoles, son grupos arraigados. Esto conlleva una percepción particular de los elementos que conforman la patria con la que los criollos se sienten comprometidos. En general se trata de presentar y dar a conocer lo propio de esa patria, lo característico, lo que viene de los grupos más arraigados. Ese es el sentido que tiene la aparición de “tipos” del pueblo —v.g. el indio loco— con características un tanto pintorescas, y de formas del habla popular que dan algún “colorido” al lenguaje. Tal es el caso de la extensa muestra del habla de un payo mejicano que conversa con el Periquillo en la cárcel<sup>30</sup> y de otras muestras más cortas como el soneto compuesto por unos indios que se incluye en el texto.

Pero en general el punto de vista muestra una actitud ambivalente con las castas. Por un lado, presenta algunos de sus rasgos característicos —como se ha dicho— sin que se pueda hablar de una verdadera exaltación. Por el contrario, la misma visión un tanto pintoresca y algunas valoraciones más o menos explícitas del narrador, tienden a desvalorizar un poco la imagen de estos grupos, fundamentalmente del indio. El narrador, al contar algunas experiencias del Periquillo en la cárcel, se refiere a las castas y habla de los “...efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos”<sup>31</sup>. En otro momento, al referirse al socorro que le brindó una pobre india, dice: “...me vistió en el traje de un indio infeliz...”<sup>32</sup>.

La ambivalencia genera entonces la voluntad de integrar ese elemento al conjunto, pero sin borrar la distancia que, desde la narración, se quiere mostrar en la relación indio-criollo. Esta ambivalencia surge de ese deseo criollo de exaltar uno de los componentes de su patrimonio, enfatizando su carácter arraigado y conformando una oposición criollos (castas) vs. peninsulares y del temor que estos grupos le inspiran en la medida en que, en tanto grupos marginados, se definen como contrarios a su dominio.

El polo del presente reafirma una condición de esa “patria”, a través de la narración: la abolición de la esclavitud. Este tema se aborda a propósito de una conversación que el Periquillo sostiene con un negro culto en Manila. Es evidente que la aparición de este personaje implica más concesiones al grupo negro que al indio por parte de la narración.

La argumentación del negro —contra la esclavitud— es afirmada por el punto de vista aunque éste, por medio de la palabra del personaje central, deja claros los límites de su acuerdo: eso se da en la medida en que no se pone en duda la necesidad de mantener las diferencias —como sujeción de hombres superiores—, lo contrario sería, para la narración, sinónimo de naufragio<sup>33</sup>.

Gradualmente el eje central, por medio de sus múltiples transformaciones, llega a expresarse como oposición entre los siguientes términos: peninsulares vs. criollos. Hay una crítica abierta a las instituciones, —Colegio de San Ildefonso—, a las costumbres —las corridas de toros—, a los representantes del poder metropolitano —subdelegados— y a los excesos de los extranjeros —peninsulares—. Aparece así como eje de la narración el problema que la historia mostró como conflicto predominante.

### *Hacia el predominio de una esfera*

El cruce de ámbitos y de visiones que posibilitan la narración se resuelve en un predominio absoluto de uno de los extremos del eje. Este predominio es el efecto que semánticamente caracteriza al discurso, y que por tanto define su sentido. Es, por decirlo así, su efecto global, final: compromete todos los elementos de la estructura de la obra y sus relaciones recíprocas.

Como ya se ha dicho, son múltiples los procedimientos que dentro de la obra determinan ese predominio cualitativo de la visión criolla. Esta pasa a ser más que uno de los polos del eje de la narración, la perspectiva afirmada que comprende los límites del texto y lo ubica, a la vez, en determinada posición con respecto al contexto. Se trata de presentar aquí, de forma necesariamente breve, las características que este predominio tiene como elemento formal de la obra y los detalles de su construcción dentro de la misma.

Uno de los primeros aspectos que interesan en este sentido es la constitución bipolar del mismo personaje que aparece como centro del ámbito del pasado: el Periquillo. Aun en los momentos en que éste puede representar la mentalidad señorial “feliz” —el personaje se ubica claramente en los términos del pasado— parece tender al presente. El narrador señala constantemente cómo el personaje tiene toda la disposición de aceptar los valores que se han asociado aquí al otro extremo del eje, aun mientras actúa como pícaro. Así, dice el personaje:

**“... pero yo, en medio de mis desbaratos he debido a Dios dos prendas que no merezco. La una, un entendimiento dócil a la razón, y la otra, un corazón noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente a mis pasiones”<sup>34</sup>.**

Esta es una de las primeras condiciones para el predominio del presente, aunque quizás la que contribuya más fuertemente a él es la que posibilita la palabra de Pedro Sarmiento, cuya posición expresa precisamente el polo aludido.

Este narrador, a cuyo cargo está la mayor parte del relato, manifiesta claramente su intención de proponer una “escritura” determinada al ejercer su función de hablante. Al iniciarse la obra se refiere a cómo ésta es el vehículo de una opinión y como tal, encontrará adversarios<sup>35</sup>. Además, caracteriza su palabra como una lección o relato del que se deriva una visión de un problema, que como tal interesa particularmente a sus hijos. Se ven aquí las posibilidades que da al discurso la escogencia de un narrador con esas características —pícaro arrepentido— y su destinatario más “natural”: sus hijos. Permite esto una continua exposición de la visión del narrador en tono personal y convincente.

**“...queridos hijos míos, he pensado dejaros los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepáis guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aún lastiman al hombre en el discurso de sus días.**

**Deseo que en esta lectura aprendáis a desechar muchos errores que notaréis admitidos por mí y por otros, y que, prevenidos de mis lecciones, no os expongáis a sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido...”<sup>36</sup>.**

A más de esto el narrador mismo inserta su opinión sobre la lectura que debe permitir el texto, valorando positivamente aquello que se acerca al polo del presente y señalando lo que corresponde al pasado como un contenido obligado secundario y en todo caso, subordinado al primero:

**“Lo que apeteciera hijos míos, sería que no leyeráis mi vida como quien lee una novela, sino que pararais la consideración más allá de la cáscara de los hechos ... Esto es deciros, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida sacarais tres frutos, dos principales y**

uno accesorio. Amor a la virtud, aborrecimiento al vicio y diversión”<sup>37</sup>.

Es interesante observar que los fragmentos que apuntan al problema que se discute ocupan casi siempre en el texto una posición privilegiada: el inicio de la obra, de un volumen o de un capítulo. Estas intervenciones del narrador funcionan como claves generales para condicionar la lectura: según ellas el texto tiene dos partes, o dos esferas o dos zonas, siendo una de éstas la que debe predominar a lo largo del mismo proceso de leer.

Son diversos y múltiples los casos en que el narrador suspende su función con la historia —por la que “funda mundo”— y se dedica a evidenciarse o mostrarse como instancia generadora por medio de la declaración de sus opiniones, valores, etc. Se suspende la historia y se da pie al establecimiento de “códigos” que suponen una interpretación de lo narrado y el establecimiento de límites para la lectura. Además de los ejemplos citados, en los que se trata de proponer una clave general, abundan los casos en que la narración de un hecho está precedida por una consideración del narrador. Tal intervención afecta directamente la configuración y la recepción del hecho mismo. Un ejemplo claro de este procedimiento se da al iniciarse el capítulo X del volumen II D, en el que, desde la perspectiva predominante, se cuentan sucesos peligrosos cuyo sentido es preciso deprender desde el principio. Se trata del relato de las aventuras que el personaje comparte con unos ladrones:

**“Aunque muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones, o para acrisolar al justo, o para castigar el perverso no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su providencia, que vela por la conservación de sus criaturas, mil veces embaraza o destruye los inicuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.**

**Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos a sorprender a los viandantes”<sup>38</sup>.**

Como puede notarse, el narrador propone la transición de la consideración general al reinicio de su función con la historia, con una frase explícita del tipo “así le sucedió”. Todos los hechos relatados se mezclan con intervenciones de este tipo por parte del narrador. En algunos casos, como el señalado, esta participación precede al relato del hecho; en otros casos lo sigue, y en muchos se intercala en la narración misma del acontecimiento. Pero siempre aparece: es esa criba obligada, ese lente omnipre-



sente que mediatiza la percepción de uno de los extremos del eje. Esto hace pensar que lo sustancial es la esfera del presente, en la que se ubica Pedro Sarmiento, y que el pasado sólo aparece para probar la validez del primero, para ejemplificar y justificar lo dicho, mostrando casos concretos y “reales”<sup>39</sup>. Queda claro así el grado de subordinación que el texto va prefigurando en cuanto a la relación de los dos términos del eje principal.

Parece que al narrador le interesa que su relato tenga un cierto grado de verosimilitud que incluye una percepción de los hechos como “reales” y una integración “normal” de su doble condición de narrador-personaje con respecto a esos hechos. Esto reafirma su posición y la fundamenta en tanto parte de “la realidad”. Lo anterior intensifica de hecho el efecto

deseado sobre el proceso de lectura. El primer aspecto —la verosimilitud de los hechos— se afirma con la constante alusión a lugares concretos, a datos objetivos como fechas —en las que, por cierto, hay verdaderas incongruencias en el interior de la historia—, ambientes, etc.

El segundo aspecto se manifiesta fundamentalmente en el deseo de Pedro Sarmiento de respetar el grado de información que como personaje del pasado —Periquillo— tenía de los hechos que lo rodeaban. Esto se evidencia en la preocupación por justificar su conocimiento, cuando se trata de una aventura o conversación que él no presencié como personaje del pasado.

**“Todo esto lo supe por Roque, que no se descuidaba en saber el último fin de mis negocios”<sup>40</sup>.**

Hay en este narrador una amplia conciencia de su condición de tal. Esto se manifiesta claramente en su abierta intención de organizar el relato por medio de continuos “shifters”<sup>41</sup> que indican su dominio del universo mostrado, su posibilidad de definir un orden, su conciencia de “lo escrito” etc. Además su conciencia de narrador se manifiesta de manera asombrosa en su capacidad de anticipar objeciones del destinatario, y mostrar las consecuencias de ello en el texto <sup>42</sup>.

Se utilizan otros recursos para afirmar la posición que sustenta Pedro Sarmiento como narrador —y representante de un polo del eje de la narración—. Aparecen en su discurso múltiples refranes y continuas referencias a autoridades reconocidas (v. g.: Horacio, Virgilio, Séneca, etc.) cuya mención reafirma la validez del argumento que sostiene este narrador<sup>43</sup>.

Hay un recurso interesante y de gran significación en cuanto al establecimiento de ese predominio de un polo: el del presente. La posición básica del narrador Pedro Sarmiento, como elemento de un polo, y su choque con la esfera contraria, la del pasado —todo lo cual constituye ni más ni menos la condición desde la cual se genera el relato— se representa dentro de la historia misma. Como si se reflejara en un espejo, la historia “repite” el encuentro de un personaje que se asocia a la tradición, a la mentalidad hidalga, con otro que representa el punto de vista criollo. El gesto que posibilita el discurso se repite en la misma historia, y su misma reproducción contribuye a enfatizar su efecto <sup>44</sup>. Por lo demás, el punto de vista reafirma explícitamente uno de los polos del hecho representado, y descarta la validez del otro.

La historia como tal contribuye también a acentuar el predominio señalado. El desenlace que tienen algunos episodios —considerados desde la fábula— afirma la posición que ha sustentado el narrador Pedro Sarmiento y con esto, todo lo que está detrás de su ubicación. La crítica al mayorazgo se reafirma por la suerte que corre la familia del trapiento, la oposición de Pedro a la vida del pasado se muestra como válida por el castigo que sufren Aguilucho y Yanuario. Sólo aquellos personajes que aceptan una superación del pasado y una integración al presente son redimidos en la historia: Martín Pelayo, Andrés, el Periquillo.

Dentro del universo narrado algunos personajes representan —o repiten— la posición de Pedro Sarmiento y se colocan así en un extremo del eje. Estos personajes son afirmados positivamente por el narrador y por los hechos mismos, que parecen probar la validez de su tesis. Este es el caso de un vicario ilustrado a quien el Periquillo conoce en la hacienda. Su posición representa claramente el polo del presente, de la razón, y el narrador por su palabra, le crea una imagen positiva. Pero hay más que esto. La historia misma muestra que la posición de este personaje es la correcta: el Periquillo se aleja de los consejos del vicario y por ello sufre terribles consecuencias<sup>45</sup>. Muchos otros personajes representan el polo del presente dentro del universo mostrado, afirmando y exponiendo detalladamente los valores correspondientes. Tal es la función del Coronel (mejor amo del Periquillo), de su padre, etc.

Hasta el momento no se ha sobrepasado en el análisis la instancia de discurso constituido por la relación Pedro Sarmiento-sus hijos. Pero será necesario trascenderla, y descubrir las otras instancias creadas por el texto y que envuelven la mencionada. La descripción de éstas no interesa por ella misma, sino en tanto permite descubrir la función que desempeñan con respecto a los ejes de la narración planteados. Se entiende entonces que el efecto global del discurso no se puede apreciar si no se estudian esas nuevas instancias y el papel que desempeñan.

Hacia el final del texto aparece un nuevo personaje: Lizardi, quien cumplirá una función primordial dentro del discurso. Esto está anunciado por el mismo narrador:

“...y tanto nos hemos amado que puedo decir que soy uno mismo con el Pensador y él conmigo”<sup>46</sup>.

En efecto, el personaje Lizardi será el encargado de los cuadernos de Pedro Sarmiento, tendrá a su cargo “corregirlos y anotarlos”, como reco-



mo que lo hace por su propia palabra<sup>47</sup>. Este personaje se encarga de completar la historia de Pedro Sarmiento y narra lo que va desde su enfermedad hasta su muerte, con algunos hechos posteriores. Pero no sólo interviene al final del texto, sino que deja las muestras de su percepción a lo largo del mismo. En efecto, anota todos los capítulos, lo que queda expresado en pequeños fragmentos al pie de la página.

La intervención de Lizardi —quien parte de un conocimiento del texto como globalidad y domina sus diferentes aspectos— tiene un papel fundamental. En términos generales puede decirse que, desde una instancia que supera al mismo Pedro Sarmiento —pues lo abarca— y configurando un destinatario que supera a los hijos, afirma uno de los polos del eje central y niega su contrario. Lo que se ha llamado visión criolla está defendido y representado por el personaje-narrador denominado Lizardi. La condición que permite que la palabra —y lo que esto implica— de Lizardi aparezca y apoye una de las esferas comprometidas en la narración, es el discurso de Pedro Sarmiento. Lizardi, en sus notas, se dedica a aclarar las afirmaciones que hace el narrador, a detallar sus alcances, a justificarlas a partir de ejemplos concretos o de documentos. Se ve pues cómo una nueva instancia envuelve la anterior para afirmar el predominio ya planteado. La conciencia de que su discurso abarca, envuelve y supera al de Pedro Sarmiento, lo lleva a mostrar una actitud de dominio absoluto sobre lo enunciado por el narrador. Por eso se permite completarlo, interpretarlo, afirmarlo, en el entendido de que su posición le dará el carácter de lo verdadero. Un nuevo presente —el de Lizardi— que simula estar más distante de la historia —como ficción— y más cerca de la “realidad”, afirma el presente de Pedro Sarmiento. Los nuevos recursos que usa este narrador-anotador parecen hacer más válida una de las perspectivas de la obra, en tanto coincide con otros discursos, con otros hechos que se salen de la esfera en que esa perspectiva ha sido posible.

Efectivamente, la aparición de una nueva instancia genera otro nivel de destinación, y se amplían así las posibilidades de la lectura. Es a ese nuevo destinatario al que se dirige Lizardi cuando en una nota señala cómo debe leerse la carta de Isabel, hermana del trapiento y víctima del mayorazgo, que aparece incluida en el discurso de Pedro Sarmiento. Dice Lizardi:

**“Nada tiene de violento ni fabuloso este pasaje; mil han sucedido por su tenor ... Lo conciso de una nota no permite hacer una completa explicación<sup>48</sup>.**

Y más clara es aún la existencia de ese nuevo destinatario, en el pasaje que, limitado por las condiciones en que se da su palabra, Pedro Sarmiento supone un destinatario ideal. “Así hablara yo a los ricos soberbios y tontos...”<sup>49</sup> y Lizardi, abarcando este nivel y superándolo da por un hecho la ampliación de las líneas de destinación. Y agrega, al pie de la página: “Con éstos se habla”<sup>50</sup>.

El texto compromete la participación de una instancia aún mayor a cuyo cargo están los epígrafes de cada capítulo. El sujeto de estos textos se coloca por encima de los dos narradores mencionados —a quienes llama respectivamente nuestro autor y el Pensador— y domina la absoluta totalidad del texto, inclusive lo que proviene de Lizardi. Gracias a este dominio lo puede organizar y resumir, lo que señala evidentemente un conocimiento previo y completo. Sus intervenciones tienen un efecto indiscutible sobre la lectura: dan la idea de que se está ante un mundo cerrado, abaricable con una sola mirada: la suya. Esta seguridad de una visión, este dominio que no se pone en duda, apunta una vez más al predominio que se ha venido señalando: lo anuncia, lo anticipa. En síntesis, adelanta con su gesto necesariamente superior, la jerarquía fundada dentro de la obra.

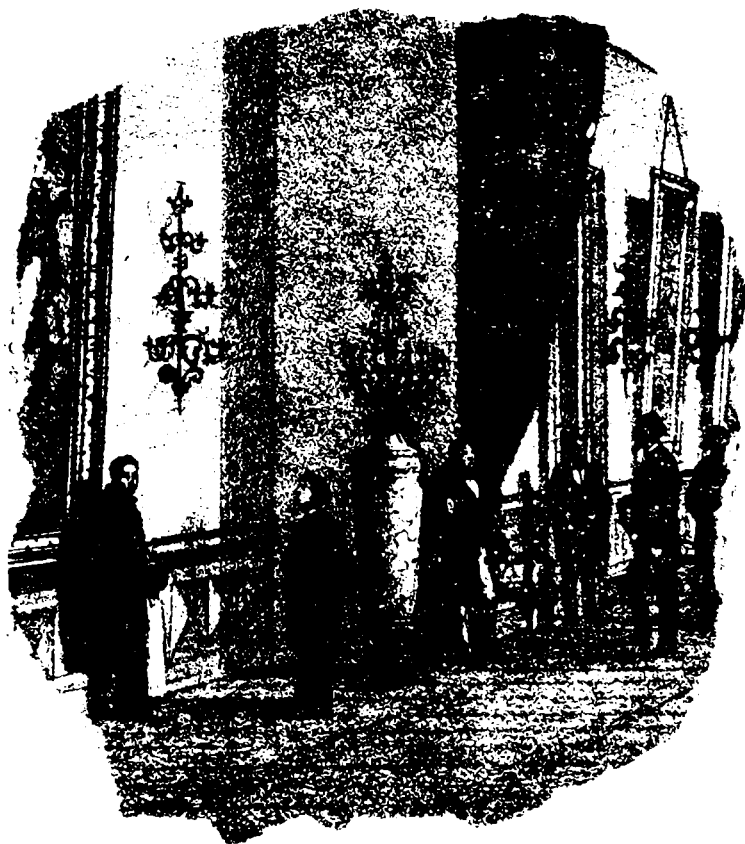
### *Reflexiones finales*

Se ha visto cómo en **El Periquillo Sarmiento** cristalizan determinados sistemas de representación que orientan la forma y definen el sentido. La obra muestra su significación al presentarse como el lugar en que se da una transposición —en términos literarios— de un conflicto que se origina en la historia. El choque entre criollos y peninsulares genera formas de representación que permiten su expresión a nivel literario. Pero la obra no sólo presenta ese encuentro de contrarios sino la superación total del conflicto por el predominio de uno de los términos en contradicción. La visión criolla —y todo lo que esto implica— aparece no sólo como positividad —como lo que se espera lograr— sino como lo realizable, y más aún, como lo efectivamente logrado. En efecto, la esfera de la razón, del presente, del criollo se tematiza en el texto y sustituye los contenidos derivados de la esfera contraria. Una esfera se superpone a la otra y la aniquila: el mundo se hace homogéneo y se destierra toda posibilidad de conflicto.

Así explicada la obra, resulta casi necesario plantearse el problema de su pertenencia al género novelesco. No se intenta aquí concluir al respecto. Por el contrario, se trata de abrir caminos que conduzcan a la problemática presentando interrogantes y proponiendo algunas posibles vías de solución.

Georg Lukács desarrolla algunos conceptos fundamentales sobre la forma novelesca que Lucien Goldmann toma, insertándolos en un modelo de preocupación sociológica. Con esto se logra una verdadera reformulación de los mismos. Pero, en cuanto a la definición de novela, Goldmann acepta en lo sustancial la que propone Lukács<sup>51</sup>.

Es importante señalar algunos de los rasgos fundamentales de este concepto de novela de Lukács. Al concebirla como la historia de la búsqueda degradada de valores auténticos en un mundo también degradado, se apunta a ciertas ideas que es necesario explicar. En efecto, la ruptura es la característica más importante del mundo de la novela. El mundo presenta una riqueza extrema, un carácter inacabado e infinito. Esto determina la distancia entre el saber y el hacer, entre el mundo y el yo, entre el ser y el deber ser. Al perderse la homogeneidad, aparece una ruptura infran-





queable, insuperable. El sentido se ha alejado del mundo y sólo es ya objeto de búsqueda. Esta búsqueda, necesariamente degradada, sólo puede conducir a un relativo acercamiento entre el yo y el mundo, sin que sea factible la superación de la ruptura planteada. Por eso Lukács afirma que la aspiración al “deber ser” es forzosamente “nostálgica”.

La disonancia es así, dentro de la conceptualización lukacsiana, la forma misma de la novela. La única solución posible —para permitir que la forma se realice— es la aceptación del carácter inacabado del mundo:

“... la inmanencia del sentido tal como lo exige la forma nace justamente del hecho de ir hasta el final, y sin ninguna consideración, en la puesta al desnudo de su ausencia”<sup>52</sup>.

Debido a esto Lukács plantea que la totalidad en la novela es sistematizable sólo a nivel abstracto. Esta es la base de la construcción de la obra, y no hace desaparecer esa distancia constitutiva entre la totalidad y la vida concreta. El carácter de proceso de la obra no implica que toda conclusión



queda excluida de la misma. Como la disonancia básica no se resuelve, la conclusión necesariamente desaparece del nivel del contenido. De aquí nace la afirmación de Lukács en el sentido de que toda novela auténtica está caracterizada por la melancolía.

El proceso que se desarrolla en la novela es la marcha de un individuo problemático hacia el conocimiento de sí. La forma interior de este proceso encuentra en la biografía la posibilidad literaria más acabada. El carácter orgánico a que tiende la biografía permite articular la masa heterogénea y discontinua que aparece en la novela. Como se ve, para Lukács el individuo es fundamental dentro del universo novelesco.

Pero este debe necesariamente presentar determinada problemática del mundo. Las vivencias del héroe en el mundo, que son el despliegue de la búsqueda, le permiten a la novela erigirse a la vez como biografía y como crónica social.

Es evidente que algunos de los elementos que para Lukács se asocian

a la forma novelesca aparecen claramente en **El Periquillo Sarniento**. Tal es el caso de la biografía —imagen del individuo en el universo creado— y la crónica social —vivencias del héroe en el mundo—. A esto apunta claramente el título de la obra: **Vida y hechos del Periquillo Sarniento escrita por él para sus hijos**. Sin embargo, no parece tan clara la existencia de las condiciones que posibilitan la forma interior, a saber, una ruptura insuperable que niega toda conclusión al nivel del contenido y que concibe la totalidad sólo como sistematización conceptual. En efecto, en **El Periquillo** hay una superación de la ruptura expresada en el predominio indiscutible de uno de los polos del conflicto. La conclusión no sólo se ve como posible desde el punto de vista, sino que se tematiza extensamente. La contradicción entre el saber y el hacer se supera, y desaparece así la discontinuidad y la distancia. La totalidad no se sistematiza sólo a nivel abstracto sino que se convierte en vivencia.

Todo lo anterior lleva a un replanteamiento de lo que unas líneas atrás se consideraba un hecho. La presencia de un individuo y de su proceso de conocimiento no conduce necesariamente a la forma novelesca. Este individuo debe ser problemático, y esto quiere decir que su vida nace necesariamente de la tensión yo-mundo, saber-hacer. Su experiencia debe revelar una problemática del mundo que descubra su carácter inacabado. En la obra que interesa, el individuo pierde todo carácter problemático al moverse en un mundo del que se ha borrado lo heterogéneo y que parece ser una estructura cerrada.

Es así como la propuesta del texto que se estudia parece muy alejada del concepto de novela que sostiene Lukács, y que lo señala como género “problemático”. Conviene analizar la relación entre **El Periquillo Sarniento** y otros conceptos de novela, lo cual amplía los alcances de la consideración del problema.

Para Goldmann la novela tiene una serie de rasgos fundamentales. Desde el punto de vista estructural se asocia homológicamente a determinado medio social, en el cual aparece. La hipótesis central de este estudio con respecto al género novelesco es la siguiente:

“... la forma novelesca es, en efecto, la transposición al plano literario de la vida cotidiana en la sociedad individualista nacida de la producción para el mercado”<sup>53</sup>.

Surgida en tal momento histórico, la forma novelesca, sin embargo, se define como un género crítico y oposicional. Representa una resis-

cia a la sociedad burguesa y se liga por tanto a la burguesía, pero sin expresar sus valores ni sus aspiraciones. Estas son las condiciones que definen la imposibilidad de que aparezca un héroe positivo.

En **El Periquillo Sarmiento**, que aparece precisamente en el momento en que las sociedades latinoamericanas, en proceso de consolidación, dan pasos importantes hacia una gradual inserción en el mercado mundial, se expresa la visión de un grupo que históricamente estaba jugando un papel de vanguardia. La obra se liga a un grupo y convierte su posición en positividad. La opción criolla está afirmada y tematizada. Sus valores y aspiraciones no sólo se expresan como ejes de la narración sino como elementos del universo creado. Ante esta opción, única positividad, desaparece todo elemento heterogéneo y crítico: la unidad anula toda diversidad<sup>54</sup>. **El Periquillo Sarmiento** representa una especie de “conciencia eufórica” del grupo criollo.

Es aquí donde la reflexión señala los problemas que derivan de la confrontación entre las características de la obra en estudio y el concepto de novela de Goldmann. Si se sigue la línea de argumentación del párrafo anterior se ven las consecuencias que tiene el que **El Periquillo** exprese una positividad absoluta en relación con la visión de un grupo, negando la existencia de todo elemento crítico, y que a la vez aspire a la denominación de novela.

Sin embargo, las mismas ideas de Goldmann permiten replantear el problema, adoptando otra perspectiva. Este estudioso se plantea la posibilidad de una forma novelesca válida que incluya elementos de dos tipos de novela: la de héroe problemático y la de héroe positivo —asociada esta última por lo general a la subliteratura—. Tal es el caso de Balzac. Para Goldmann este escritor habría logrado una excepción al producir una creación cultural auténtica, organizada por valores puramente individualistas y posibilitando la existencia de un héroe positivo<sup>55</sup> y señala que la condición que permite el surgimiento de esta excepción es el hecho de que la obra de Balzac surge cuando esos valores que expresa animan un profundo proceso de transformación histórico.

En efecto, **El Periquillo** podría acercarse a un caso como éste en tanto expresa la visión de un grupo que se coloca en la vanguardia de un proceso histórico fundamental, en la vida hispanoamericana. La vigencia de esta visión podría determinar su transformación en “positividad feliz” a nivel literario, sin que esto contradiga el carácter novelesco de la obra. Sólo una preocupación quedaría sin respuesta si se acepta esta última solu-

ción del asunto: ¿Podría hablarse de una esfera presente en la obra derivada del tipo de novela de héroe problemático, como afirma Goldmann que sucede en el caso de Balzac? Esta es una cuestión fundamental que sitúa la discusión en un terreno difícil. La respuesta afirmativa llevaría a una relativización del valor que la instauración de un predominio tiene en la obra.

Baste con decir, sin pretender llegar a una conclusión definitiva, que para aceptar tal relativización sería necesario que la forma del predominio y su importancia se pongan en crisis, lo que, por el momento, no está planteado.

## Notas

- (1) Para una discusión más detallada de los elementos que la crítica tradicional utiliza para intentar una explicación del hecho literario, véase Lucien Goldmann. **Marxismo y ciencias humanas**. (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1975). Pp. 50-53.
- (2) Cedomil Góic. **Historia de la novela hispanoamericana**. (Santiago: Editorial Universitaria, 1972).P.21.
- (3) Véase una exposición pormenorizada del asunto en *Ibíd.* Pp. 28-32.
- (4) Las consideraciones que se hacen en esta parte tienen como punto de partida fundamentalmente la conceptualización de Jacques Leenhardt. Cfr. al respecto su obra **Lectura política de la novela**. (Méjico: Siglo XXI Editores, 1975).
- (5) Cfr. Jefferson Rea Spell. "Prólogo", José Joaquín Fernández de Lizardi **El Periquillo Sarniento**. Décima primera edición (Méjico: Editorial Porrúa, 1970).
- (6) La consideración de los aspectos sociohistóricos se hará siguiendo las líneas que al respecto se exponen en el trabajo de Manuel Barcés y otros. **Proceso sociohistórico de América Latina**. Universidad Central de Venezuela. Ponencia presentada al Primer Congreso de Historiadores Latinoamericanos, 1974.
- (7) *Ibíd.* P. 103.
- (8) Tulio Halpering Donghi. **Historia contemporánea de América Latina**. Cuarta edición corregida. (Madrid: Alianza Editorial S.A., 1975).P.125.
- (9) Manuel Barcés y otros. **Op. cit.** P.112.



- (10) Vid. José Joaquín Fernández de Lizardi. **El Periquillo Sarniento**. 4 Vols. (Méjico: Editora Nacional. S.A, 1951). Pp. 2-3 del Vol. I.
- (11) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P.327, Vol. II D.
- (12) José Luis Romero. **Latinoamérica: las ciudades y las ideas**. 2a. edición. (Méjico: Siglo XXI, 1976).P.92.
- (13) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** Pp. 37-38, Vol. II D.
- (14) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 3, Vol. I.
- (15) Cfr. José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 39, Vol. II D.
- (16) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 7, Vol. I B.
- (17) **Ibíd.** P. 314, Vol. II D.
- (18) **Ibíd.** P. 49, Vol. II D.
- (19) **Ibíd.** P. 8, Vol. I B.
- (20) El papel de estos dos personajes como expresión del choque de la mentalidad hidalga y el punto de vista ilustrado ya ha sido señalado por José Luis Romero, **Op. cit.** Pp. 167-168.
- (21) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 3, Vol. I.
- (22) **Ibíd.** Pp. 75-76, Vol. I.
- (23) José Luis Romero. **Op. cit.** P. 91.
- (24) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 6, Vol. I.
- (25) **Ibíd.** P. 159, Vol. I.
- (26) **Ibíd.** P. 262, Vol. II C.
- (27) **Ibíd.** P. 97, Vol. II C.
- (28) **Ibíd.** P. 282, Vol. II C.
- (29) Severo Martínez Peláez. **La patria del criollo**. 3a. Ed. (San José: EDUCA, 1975). P. 43.
- (30) Cfr. José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** Pp. 229-233, Vol. I B.
- (31) **Ibíd.** P. 166, Vol. I B.
- (32) **Ibíd.** P. 152, Vol. II D.

- (33) Cfr. **Ibíd.** P. 7, Vol. II D.
- (34) **Ibíd.** P. 113, Vol. I.
- (35) Cfr. **Ibíd.** P. 40, Vol. I.
- (36) **Ibíd.** Pp. 1-2, Vol. I.
- (37) **Ibíd.** P. 2, Vol. II C.
- (38) **Ibíd.** P. 192, Vol. II D.
- (39) Lo anterior se relaciona parcialmente con algunas cuestiones desarrolladas por Tzvetan Todorov con respecto a lo que él denomina relato ideológico y relato mitológico. Cfr. T. Todorov **Poética** (Buenos Aires: Editorial Losada, 1975). P. 80 y ss.
- (40) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 163. Vol. II C.
- (41) Cfr. al respecto Roland Barthes y otros. **Estructuralismo y literatura.** (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972). Pp. 37-49.
- (42) Cfr. al respecto José Joaquín Fernández de Lizardi. **Op. cit.** P. 71, Vol. I.
- (43) Cfr. **Ibíd.** P. 16, Vol. I.
- (44) Cfr. **Ibíd.** P. 118, Vol. I.
- (45) Cfr. **Ibíd.** P. 34, Vol. I.
- (46) **Ibíd.** P. 309, Vol. II D.
- (47) **Ibíd.** P. 333, Vol II D.
- (48) **Ibíd.** P. 105, Vol. II C.
- (49) **Ibíd.** P. 11, Vol. I B.
- (50) José Joaquín Fernández de Lizardi. **Loc. cit.**
- (51) Conviene recordar que, si bien Goldmann acepta esta definición de novela, relativiza la validez de la generalización de esta hipótesis lukacsiana, Cfr. al respecto Lucien Goldmann, **Para una sociología de la novela.** (Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1967). Pp. 15-36.
- (52) Georg Lukács. **Teoría de la novela.** (Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1974). P. 66.

- (53) Lucien Goldmann. **Para una sociología de la novela**. Ed. cit. P. 24.
- (54) Para una exposición detallada de la novela como fenómeno plurilingüístico y polifónico, y de las consecuencias que la presencia de elementos heterogéneos en ella tiene sobre su mismo proceso de conocimiento, Cfr. Mijail Bajtin. "La palabra en la novela", en **Ciencias Sociales** (U.R.S.S) No. 1 (31) 1979. Pp. 166-179.
- (55) Cfr. al respecto Lucien Goldmann. **Para una sociología de la novela**. Ed. cit. P. 34 y ss.

## Bibliografía

- ANDERSON Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 Vols. Méjico: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- BAJTIN, Mijail. "La palabra en la novela" *Ciencias Sociales* (U.R.S.S) No. 1 (31) 1979.
- BARCES, Manuel y otros. *Proceso sociohistórico de América Latina*. Universidad Central de Caracas. Ponencia presentada al Primer Congreso de Historiadores Latinoamericanos, 1974.
- BARTHES, Roland y otros. *Estructuralismo y literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1972.
- BRUSHWOOD, John S; ROJAS Garcidueñas, José. *Breve historia de la novela mejicana*. Méjico: Ediciones de Andres. 1959.
- DUCROT, Oswald; TODOROV, Tzvetan. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Argentina: Siglo XXI Editores, 1974.
- FERNANDEZ de Lizardi, José Joaquín. *El Periquillo Sarniento*. 4 Vols. Méjico: Editora Nacional S.A. 1951.
- GOIC, Cedomil. *Historia de la novela hispanoamericana*. Santiago: Editorial Universitaria, 1972.
- GOLDMANN, Lucien. *Marxismo y ciencias humanas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1975.
- \_\_\_\_\_. *Para una sociología de la novela*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva, 1967.
- HALPERIN Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Cuarta edición corregida. Madrid: Alianza Editorial S.A., 1975.
- LEENHARDT, Jacques. *Lectura política de la novela*. Méjico: Siglo XXI Editores, 1975.
- LUKACS, Georg. *Teoría de la novela*. Trad. de Juan José Serreli. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1974.
- MARTINEZ Peláez, Severo. *La patria del criollo*. Tercera edición. San José: E.D.U. C.A., 1975.

MCKEGNEY, James. "Some recently discovered pamphlets by Fernández de Lizardi". *Hispania*. 54 (2), 1971.

PEREZ, Golo René. "El Periquillo Sarniento". *Américas*. 22 (6) (junio, 1970). Pp. 29-34.

PERUS, Françoise. *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. Méjico: Siglo XXI Editores S.A., 1976.

REA Spell, Jefferson. "Prólogo", José Joaquín Fernández de Lizardi. *El Periquillo Sarniento*. Décima primera edición. Méjico: Editorial Porrúa, 1970.

ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Segunda edición. Méjico: Siglo XXI, 1976.

TODOROV, Tzvetan, *Poética*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1975.

